

**HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA DE APERTURA DEL JUBILEO DIOCESANO  
POR EL LXXV ANIVERSARIO DE LA ERECCIÓN CANÓNICA DE LA  
DIÓCESIS DE SAN SEBASTIÁN (ESPAÑA)**

Catedral del Buen Pastor, San Sebastián, 6 de enero de 2025

**Lecturas**

*Is 60,1-6. Caminarán los pueblos a tu luz.*

*Sal 71,1-2.7-13. Se postrarán ante ti todos los reyes de la tierra.*

*Ef 3,2-6. Ahora ha sido revelado que los gentiles son coherederos de la promesa.*

*Mt 2,1-12. Venimos a adorar al Rey.*

Excelencia Reverendísima, Mons. Prado Ayuso, muy querido hermano Fernando, obispo de esta diócesis de San Sebastián. Señor Arzobispo de Pamplona y Tudela, metropolitano de esta provincia eclesiástica (Estimado Sr. Obispo de Vitoria). Queridos sacerdotes, queridos religiosos y religiosas, miembros todos de la vida consagrada, distinguidas autoridades y representantes de la ciudadanía aquí presentes, hermanas y hermanos todos en el Señor.

En el marco de este solemne y armonioso templo neogótico levantado en la bellísima ciudad de San Sebastián y dedicado a Jesús, Buen Pastor, que hace setenta y cinco años se convirtió en la Santa Iglesia Catedral y madre de las iglesias de esta diócesis, con el corazón lleno de alegría y de gratitud al Señor al presidir la celebración eucarística en esta apertura del Jubileo diocesano, deseo transmitir a todos el entrañable saludo que Su Santidad el papa Francisco les dirige como padre y pastor de la Iglesia universal y, asimismo, su afecto y su bendición al amado pueblo guipuzcoano. Pakea Zuekin! Bihotz-bihotzez, Pakea Zuekin!

Celebramos hoy la solemnidad de la Epifanía que es una fiesta de la luz, una peregrinación de buscadores y un acto de adoración.

1. Con la fiesta de la Natividad hemos celebrado que ha venido al mundo quien es la Luz verdadera que ilumina a todo hombre que

viene a este mundo (cf. Jn 1,9), Aquel que es capaz de dar pleno sentido a la existencia humana. En esta fiesta de la Epifanía, que es *una fiesta de la luz*, cobra protagonismo especial la luz de una estrella. Ella es la que guía a los Magos. Ella es la que orienta el camino. Ella es la que, al detenerse, marca el lugar del Mesías. Para nosotros esta estrella es la fe que nos guía, orienta y marca el lugar de la presencia de Dios en medio de nuestro mundo: “La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar” (Francisco, Enc. *Lumen fidei* [2013], n. 57). Impulsados por esta fe, entonces nos podemos convertir en hombres y mujeres de luz: “vosotros sois la luz del mundo” (Mt 5,14), como lo han sido los santos para nosotros. Y, de esta manera, podremos iluminar las sombras de tantas realidades necesitadas de claridad y fuerza vital. La luz de la fe es la que nos permite reconocer al Dios que hoy se manifiesta en el Niño acostado en el pesebre, en el Bautismo donde el Padre le proclama “Hijo de Dios” y en las Bodas de Caná donde los discípulos creen en Él porque fue allí donde mostró por primera vez su divinidad a los hombres.

2. En el viaje de los Magos de Oriente reconocemos también una *peregrinación de buscadores*. Ellos son personas de ciencia que, a través del lenguaje de la creación encuentran al Dios de la historia. Son sabios que saben rastrear e interpretar los signos y las profecías para alcanzar la Verdad plena. Son los primeros en ponerse en camino desde lejos para llegar a encontrar al Mesías porque comprendieron que la salvación de Jesucristo está abierta a todas las naciones e inauguran así el camino de los pueblos hacia Cristo. Son hombres de corazón inquieto que se ponen en camino para hacerse buscadores de Dios. Esta clave de la peregrinación nos interpela profundamente en el contexto de este doble jubileo que hoy inicia esta Iglesia particular de San Sebastián. Por una parte, el Jubileo universal, que nos coloca de un modo especialmente profundo en clave de comunión con el Sucesor de Pedro. El mismo papa Francisco nos ha invitado a vivir este tiempo de gracia y

misericordia de modo que nos convirtamos en peregrinos de esperanza y seamos capaces de transformar los signos de los tiempos en signos de esa esperanza tan necesitada por nosotros mismos y por nuestros hermanos más vulnerables. Y en clave diocesana, podemos inspirarnos en los Magos y convertirnos en rastreadores que saben encontrar en la naturaleza de esta bella tierra la huella indeleble del Creador; apasionados por la Verdad que nos ayuda a superar todo relativismo; buscadores de ese anhelo infinito que solo puede colmar Dios. La Puerta Santa nos recuerda las mismas palabras del Señor: “Yo soy la puerta de las ovejas” (Jn 10,9). El gesto de atravesar la puerta expresa una decisión: la de seguir y de dejarse guiar por Jesús, que es el Buen Pastor.

3. Finalmente, la fiesta de la Epifanía nos conduce a un *acto de adoración*. Los tres Reyes se postran ante un Niño al que reconocen como el Dios verdadero. Hoy es el día por excelencia de la ilusión y los regalos a los niños. Y a ellos, les solemos decir que los dones de los Magos fueron oro por ser Rey, incienso por ser Dios y mirra por ser hombre. El acto de adoración conduce a un acto de donación, no solo de ofrendas sino de nosotros mismos. Esa es la actitud a la que invito a vivir este año jubilar como tiempo de conversión y renovación, como tiempo de fortalecer la comunión y de reforzar el testimonio en la misión. En un mundo muchas veces marcado por el egoísmo, el individualismo y la soledad, darse a los demás, es decir, entregar tiempo y cualidades, cercanía y afecto, en definitiva, compartir lo mejor que somos es la mejor catequesis que podemos ofrecer como cristianos y como Iglesia a nuestros contemporáneos.

Esta mañana he podido contemplar desde el paseo marítimo la impresionante imagen del Sagrado Corazón en el monte Urgull que se levanta como símbolo del amor de Jesucristo por esta ciudad y esta diócesis. Dicha imagen nos recuerda que necesitamos “volver al corazón” (cf. Francisco, Enc. *Dilexit nos* [2024], n. 9), retornar a lo fundamental, situarnos siempre en la adhesión a Cristo, que nos lleva a amar a los hermanos. Ese amor adquiere su expresión

máxima en la entrega sacrificial una vez para siempre de Cristo en la Cruz y que celebramos en la Eucaristía, sacramento de piedad, signo de unidad y vínculo de caridad (San Agustín).

Que San Ignacio de Loyola, patrono de esta diócesis, incansable escrutador de los afectos del corazón, os ayude a discernir los mejores caminos para vivir con pasión e intensidad este tiempo jubilar. Y que Santa María de Arantzazu, la santa Madre de Dios, aquella que “conservaba todas aquellas cosas meditándolas en su corazón” (Lc 2,19), os acompañe, os guarde y os ayude a volver siempre vuestros ojos y vuestro corazón hacia su Hijo, Aquel que hoy “eterno en la gloria, se manifestó en la realidad de nuestra propia carne” (Misal Romano, *Plegaria eucarística*). Amén.